

UNIVERSIDAD Y NACIONALISMOS EN LA MENDOZA POSPERONISTA. ITINERARIOS INTELECTUALES Y POSICIONES HISTORIOGRÁFICAS EN LOS ORÍGENES DE FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

María Celina Fares¹

Resumen

La existencia de un fuerte núcleo de intelectuales nacionalistas en el marco del proceso de formación del campo académico de las ciencias políticas y sociales en la Universidad Nacional de Cuyo, da cuenta de la pervivencia de esta línea de pensamiento aún después de la caída del peronismo, dotando a la experiencia local de una especificidad que sin embargo reconoce fuertes redes de sustentación que trascienden el espacio y el tiempo abordado. La reconstrucción de sus biografías intelectuales insertas en la trama académica y en el contexto político de los años sesenta, nos permite relevar un conglomerado heterogéneo de preocupaciones y enfoques historiográficos, cuyos motivos nacionalistas, tradicionalistas, hispanistas, católicos y revisionistas formaron parte de una matriz cultural y política en tránsito. La difusión y recepción de los mismos implicarían distintos modos de apropiación de ciertos contenidos, que con el correr de la década se irían radicalizando en función de contextos políticos cada vez más conflictivos.

Palabras claves

Intelectuales, Nacionalismo, Universidad, Mendoza, Posperonismo

Abstract

The existence of a strong nucleus of nationalist intellectuals within the framework of the formative process of the social and political sciences academic field at the Universidad Nacional de Cuyo, can begin to explain the survival of the nationalist line of thought even after the fall of Peron and Peronism. This fact gives the local academic experience specific characteristics that, nevertheless, are related to strong networks that transcend the time and place of this study. The reconstruction of their intellectual biographies within the academic and political context of the 1960s allows us to examine an heterogeneous conglomerate of historiographical issues and perspectives, whose nationalistic, traditional, Hispanist, catholic and revisionist biases were part of a cultural and political framework in transformation. The diffusion and reception of said frameworks were instrumental in the different ways of appropriating some of their contents that, as the decade wore off, would become more radicalized according to political contexts ever so troubled.

Key Words

Intellectuals, Nationalism, University, Mendoza, Posperonism

Recibido: 02-05-2010

Aceptado: 03-03-2011

¹ *U.N.Cuyo*. Pedro del Castillo 1740, Godoy Cruz (5501). Mendoza, Argentina. Correo-e: mcfares@uolsinectis.com.ar

I. Planteos contextuales

1.1. Nacionalismo y Universidad en el posperonismo

Los nacionalismos y la idea de nación han sido objeto de profusos desarrollos teóricos, sobre todo a partir de la preeminencia de las corrientes denominadas antigenealogistas, que pusieron en evidencia cómo los nacionalismos habían hecho de la nación un ente natural y preexistente, cuando en realidad había sido una construcción propia de los procesos de modernización.²

En el desarrollo historiográfico referido a Argentina, *la cuestión de la nación* y el nacionalismo ha cobrado especial relevancia, no sólo para los estudios del proceso revolucionario y de configuración de los estados nacionales, sino para aquellos que preocupados por los nacionalismos de derecha de los años treinta, advirtieron un itinerario que hundía sus raíces en el siglo XIX, y tendía puentes con los inicios de la historiografía nacional.³ El tema pareció diluirse dentro del impacto que provocó el peronismo, que absorbió gran parte de sus contenidos; sin embargo, en los últimos tiempos, se percibe un creciente interés por el nacionalismo en la segunda mitad del siglo XX, cuando tras la derrota del fascismo y la caída del peronismo que parecían augurar su extinción, se abrieron líneas de dispersión.

Ciertamente el contexto internacional proporcionó una serie de experiencias contrastantes que tendrían eco en la Argentina. El proceso de desnazificación en la Europa de posguerra quiso ser el espejo en el que se reflejara el proyecto de desperonización, que proscribía no sólo la actuación política del peronismo, sino sus códigos de enunciación, rebelando la por entonces intangible creencia que identificaba las palabras con las cosas. De hecho, el optimismo reinante entre la coalición antiperonista no permitió advertir el escaso éxito que tendría, y menos aún, los efectos contrarios que generaría. Por otra parte, la pervivencia de regímenes autoritarios como el franquismo en España y de agrupaciones nacionalistas tanto en Europa como en América Latina, evidenciaba la capacidad de sobrevivencia de un nacionalismo reaccionario, que acicateado por la expansión del marxismo, hacía pensar en la dificultad para el arco liberal, de cantar una victoria definitiva.

En la Argentina posperonista si bien continuaron ciertas líneas y organizaciones asociadas a las formas fascistas,⁴ el grueso del conglomerado nacionalista se desplegó a través de otras vías de organización, tanto partidarias como culturales. Mientras que en un extremo se continuaba la tradicional expresión militar de las derechas autoritarias, en el otro se establecían puentes con las propuestas revolucionarias de la izquierda

² Los referentes más difundidos Hans Kohn, Carleton B. Hayes, Ernest Gellner, Benedit Anderson y Eric Hobsbawn entre otros. Sobre las tensiones entre genealogistas y anti-genealogistas ver Elías Palti, **La nación como problema. Los historiadores y la cuestión nacional**, Bs. As., FCE., 2002.

³ El seminal trabajo de Fernando Devoto, **Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una Historia**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

⁴ Cfr. Leonardo Senkman, “La derecha y los gobiernos civiles en Argentina 1955-1976”, en David Rock, y Sandra McGee Deutsch, **La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales**, Buenos Aires, Vergara, 2001, pp. 275-319 y Daniel Lvovich, “La extrema derecha en la Argentina posperonista entre la sacristía y la revolución: el caso Tacuara”, UNGS, mimeo

nacional, y desde el centro se buscaban formas de pervivencia dentro de las reglas de juego del constitucionalismo republicano.

Las trayectorias disímiles sin embargo, fueron opacadas en un contexto en que gran parte de la política era recorrida por un sentido común nacionalista que operaba como un fondo homogeneizador, diluyendo las diferentes perspectivas que con el tiempo pasarían de ser controversiales a incompatibles. De hecho, en la década del sesenta,⁵ más allá de la distinción entre democráticos y autoritarios, los matices distintivos entre los nacionalistas pasarían por la aceptación de las reglas de juego del régimen político proscriptivo, así como por su relación con el peronismo⁶ y el frondizismo. Si bien la línea nacionalista liderada por Lonardi fracasaría tempranamente, sobrevivirían, aunque no con mayor éxito, los emprendimientos que buscaban insertarse en el juego político democrático. La experiencia periodística de *Azul y Blanco* liderada por Sánchez Sorondo, la partidista de *Unión Federal*, con Mario Amadeo, Basilio Serrano y José Luis Cantini y la de *Unión Republicana* con los hermanos Irazusta, no sólo se diferenciaron en función del peronismo, frente al cual los dos primeros serían más flexibles que los irazustianos, sino también con respecto al frondizismo, cuyo apoyo general inicial sólo se mantendría hasta el final en una minoría representada por M. Amadeo⁷.

En efecto, gran parte de los sectores nacionalistas que apoyaron electoralmente el proyecto de integración y desarrollo, se sintieron traicionados por Frondizi ante los virajes que tomara su gestión en materia económica y política. En este marco, las nuevas generaciones de jóvenes de sectores medios y matriz católica nacional, se irían radicalizando en torno a la reactivación de la “cuestión de la dependencia”. En un clima cruzado por las revisiones que encaraba la izquierda, -en esto de interpretar al peronismo como una instancia nacional, ya no inscripto dentro de la familia del fascismo, sino en la lucha contra la oligarquía imperialista-;⁸ el contexto internacional proporcionaría experiencias inspiradoras -tanto los movimientos de descolonización como la revolución cubana-, de un horizonte deseable y posible que a través de la vía revolucionaria llegara al socialismo.

En este imaginario de creciente radicalización, era posible advertir no sólo la convergencia entre marxismo y nacionalismo, sino también con un catolicismo agguinado a que buscaba desplazar la subordinación del “reino terrestre” al “reino celeste” que proponía el integralismo tradicional, e incluso ir más allá de las propuestas

⁵ La década del sesenta 1955-1966 suele extenderse hasta el 68-69, cfr. Oscar Terán, **De utopías catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p.17.

⁶ María Estela Spinelli, **Los vencedores vencidos. El antiperonismo y “la revolución libertadora”**, Bs.As., Biblos, 2005, distingue tres líneas dentro del antiperonismo: radicalizados, optimistas y tolerantes, entre estos últimos ubica a los nacionalistas, aunque no todos tuvieron la misma actitud frente al peronismo.

⁷ Cfr. María Celina Fares, **La Unión Federal Demócrata Cristiana, ¿Nacionalismo o Democracia Cristiana. Una efímera trayectoria partidaria (1955-1958)**, Mendoza, Ex Libris-Astrea, 2007.

⁸ Cfr. Carlos Altamirano, **Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina 1955-1966**, Bs.As., Temas, 2001, traza un vínculo entre la generación del ‘60 y el revisionismo de izquierda, en el que el peronismo opera como un reordenador.

de Jacques Maritain y de las experiencias de la democracia cristiana.⁹ Se trataba de terminar definitivamente con el hiato que separaba ambas instancias y consagrar la idea de que “el reino de los cielos comenzaba en este mundo”. La interpretación del Evangelio como un mensaje de liberación, promovía la opción por los pobres como una cuestión indeclinable, que tenía el compromiso transformar el mundo y construir una sociedad más justa y solidaria.

En este contexto, las perspectivas intelectuales del nacionalismo de derecha se reactivarían en torno a los postulados del tradicionalismo católico, desplazando los contenidos antiimperialistas apropiados por la izquierda, frente a la creciente demonización del peronismo y al temor que engendraba la movilización popular radicalizada. En el plano político, la búsqueda de aliados dentro del campo conservador y militar, admitiría incluso no sólo a la derecha liberal, sino también a la burocracia sindical. En un contexto de exacerbación de la hipótesis del enemigo interno, lejos de erradicar la conflictividad política, se desarrollarían mayores niveles de crispación entre la cruzada de salvaguarda de los valores del “mundo occidental y cristiano” y el pretendido camino revolucionario al socialismo nacional, lo cual culminaría en un partaguas decisivo dentro del conglomerado nacional.

Planteadas así la pervivencia y las líneas de dispersión del nacionalismo en el contexto de alta politización de los sesenta, la Universidad se convierte en un espacio institucional interesante y no lo suficientemente indagado para la observación de itinerarios intelectuales nacionalistas. En general, los estudios sobre la Universidad de Buenos Aires a partir de 1955,¹⁰ han priorizado una perspectiva que vigoriza la imagen de reconstrucción interna en función de un impulso modernizador, acuñado en el dudoso efecto discursivo democratizador que pretendió encarar “la libertadora”, con el fin de recuperar un espacio para los sectores que habían sido desplazados durante el peronismo. Las figuras de los primeros rectores José Luis Romero y luego de Risieri Frondizi, vinculados al progresismo, contribuyeron a crear la imagen de la “edad de oro” universitaria, asentada en la estabilidad, en la autonomía institucional y en una transformación curricular, cuyos objetivos de transformación social contrastaron con la oscura fase inaugurada en la famosa *noche de los bastones largos* de 1966, considerada el principio del fin para los que diseñaban otra sociedad “posible”.¹¹ Sin embargo, los estudios sobre la conflictividad que implicó primero el proceso de desperonización y luego el debate en torno a la *laica o libre*, evidencian un cúmulo de tensiones que irán creciendo. Se pondrá entonces en cuestionamiento la bonanza de la “isla democrática”, en un contexto social de proscripción y radicalización. Tanto en el estudiantado como aquellos docentes que no optaron por la renuncia o el exilio, aprovecharían los intersticios abiertos durante el Onganiato, para difundir el arsenal argumentativo provisto por el pensamiento nacional, revolucionario y católico, en el cual la cuestión

⁹ Cfr. Olivier Compagnon, “Avril 1947: la “Declaración de Montevideo”. Le projet democrat-chretien en Amerique Latine” en **Nuevo Mundo Mundos Nuevos**, BAC, 2005 <http://nuevomundo.revues.org/605>.

¹⁰ Cfr. El trabajo señero de Tulio Halperín Donghi, **Historia de la Universidad de Buenos Aires.**, Buenos Aires., Eudeba, 2002 (1ªed.1962).

¹¹ Cfr. Catalina Rotunno, y Eduardo Díaz Guajardo, (comp.), **La construcción de lo posible. La Universidad de Bs.As. de 1955 a 1966**, Bs. As., Libros del Zorzal, 2003.

social aparecería como vertebral en la discusión sobre lo nacional, y éste a su vez se articulaba con la problemática de dependencia.

El desplazamiento de una imagen dicotómica entre la “edad de oro” y la “noche oscura”, por la de un proceso de agudización de los conflictos en medio de una heterogénea trama de identidades, que se incentiva ante los límites del proyecto de un desarrollismo democrático y las contradicciones de la modernización autoritaria, tuvo su correlato en la Universidad Nacional de Cuyo, aunque suele minimizarse su proyecto de transformación en comparación con otras universidades del país.¹² El caso de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo que abordaremos en este trabajo, puede explicarse en parte, por la presencia constante de un conglomerado “nacionalista” cuyas prácticas docentes e intervenciones intelectuales tuvieron un impacto perdurable. En el cruce de posiciones tradicionalistas, católicas y conservadoras, articularon estrategias de pervivencia que excedieron el período que nos ocupa, amortiguando al principio, y exacerbado después, los conflictos que provenían del campo político. De hecho, sus postulados fueron receptados en los inicios sin demasiado recelo por el estudiantado, quienes reciclaron el significado de lo nacional con diversos signos y expectativas, proyectando una transformación social en términos de liberación nacional -y en sintonía con una escatología del cristianismo renovado-, que sería el signo del antagonismo en la década siguiente.

1.2. Mendoza y la UNCuyo en el posperonismo

En Mendoza, la década del sesenta tiene sus especificidades. A pesar de la moderación de los gobiernos peronistas provinciales, la intervención impuesta por “la libertadora” arbitró los mismos mecanismos de persecución al peronismo que se implementaron en el escenario nacional. Sin embargo, no logró evitar su pervivencia a través de distintas organizaciones, así como en su creciente participación electoral.

Mientras tanto, gran parte de los sectores nacionalistas apoyarían inicialmente al frondismo, representado en la provincia por el gobierno de Arturo Ueltschi (1958-1961), quien prontamente receptoría los embates de aquellos que no estaban dispuestos a adherir a la lógica oficial que pretendía justificar su política económica distinguiendo entre desarrollismo de los medios y de los fines. Se alzaría entonces, una fuerte campaña periodística contra los contratos petroleros desde el diario *El Tiempo de Cuyo*, junto con la lucha de los trabajadores del SUPE, filial Mendoza y que fueran apoyadas por referentes del nacionalismo como Silenzi de Stagni y Alejandro Clara y que tendría repercusión incluso nacional.

Si bien algunos grupos nacionalistas de derecha, buscarían activar en la provincia la acción partidaria de *Unión Republicana* y *Unión Federal*, la mayoría sin embargo, encontró en la Universidad un refugio donde mantener incólume la propagación de sus ideas. En un breve excursus nos retrotraeremos a la historia de la UNCuyo, creada en 1939 bajo la impronta del conservadorismo, para dar cuenta de los componentes

¹² Cfr. Pablo Buchbinder, **Historia de las Universidades Argentinas**, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 173.

nacionalistas que la recorrían¹³ incluso antes de 1943, momento en que la oleada de las intervenciones impuso a los sectores más reaccionarios,¹⁴ desplazando a los conservadoras de los orígenes. Dicha tradición, aunque con ciertos matices diferenciales, se mantuvo durante los gobiernos peronistas, bajo el rectorado de Ireneo Cruz durante (1947-1954)¹⁵ cuyo perfil humanista ayudó encontrar puntos de clivajes entre las redes universitarias locales, que le permitieron responder a las exigencias que el gobierno nacional imponía por entonces a las universidades. No sólo gestionó una expansión de los servicios, sino que buscó proveer al gobierno nacional de una legitimidad académica, a través de la realización del famoso Congreso Nacional de Filosofía de 1949.¹⁶ La presencia y el discurso del ejecutivo nacional sobre “la comunidad organizada”, daban cuenta del interés por instalar una legitimidad filosófico-doctrinaria a través de la articulación entre universidad y política, que tendría como corolario la creación de los cursos de formación política. Los sectores tomistas, vinculados algunos al nacionalismo, si bien cedieron la dirección en manos de Coriolano Alberini, tendrían una enorme presencia a través de figuras como Guido Soaje Ramos, Julio Soler Miralles, César Pico, Héctor LLambías, relatores del catolicismo como Monseñor Octavio Derisi, Nimio de Anquín, el cura Meinvielle, de referentes internacionales como el maurrasiano Jaime María de Mahieu, y los filósofos españoles Ángel González Álvarez y Ángel Millán Puelles, quienes serían luego profesores de la UNCuyo.

Desde una posición crítica moderada, la gestión de Cruz fue evaluada con cierta ponderación: “... *ningún otro rector hubiera podido hacer menos daño que el que Cruz pudo hacer en esa época difícil de la política argentina*”,¹⁷ mientras otros sectores afectados por las imposiciones del oficialismo no serían tan benevolentes en su evaluación,¹⁸ sobre todo a partir de 1952, cuando de la declaración del Justicialismo

¹³ Cfr. Mariana Garzón Rogé, “De nacionalistas a antifascistas...”, Mimeo, gentileza de la autora y María Celina Fares, “Diferencias y convergencias en los hispanismos mendocinos...” en <http://historiapolitica.com/dossierderechas/UNGSM>

¹⁴ Desde el gobierno nacional Gustavo Martínez Zuviría intervino entre otras a la UNCuyo, nombrando como Rector a Carlos Pithod, sucedido por Rafael Guevara y Ramón Doll.

¹⁵ Ireneo Cruz (Buenos Aires, 1903- Mendoza 1955). Invitado por el Rector fundador de la UNCuyo E. Correas como Profesor, en la recientemente creada FFyL. En 1943 es nombrado rector interino del Colegio Universitario Central y en 1944 Delegado Interventor en FFyL y Director de la Inspección General de Enseñanza en la UNCuyo. En 1947 el PEN de acuerdo a la ley 13031 lo nombra Rector interventor de la misma entre 1948-1951 y 1951-1954.

¹⁶ La idea originaria había sido del Pbro. Juan Ramón Sepich, quien tras advertir la peronización del evento y el desplazamiento de su proyecto de celebrar los diez años de la creación de la UNCuyo en 1948 al mismo tiempo que en España se celebraba el Congreso en homenaje a Balmes y Suárez, no participaría del mismo. Tampoco participaron los sectores críticos del peronismo representados por la figura de Francisco Romero y el Colegio Libre de Estudios Superiores. Cfr. Diego Pró, en VVAA, **Memoria Histórica**, FFyL, UNCuyo, 1965, p. 265 y entrevista a Arturo Roig realizada por F. Mastrángelo en “La configuración política-ideológica de la gestión académica y las prácticas educativas en la UNCuyo, 1947-1954”, Mimeo, 2008, p.37.

¹⁷ Vicente Cicchiti en VVAA., **Memoria**, *Op. cit.*, p. 425.

¹⁸ En 1956 se reincorpora a 57 profesores que había sido cesanteados a partir de 1943, en Pablo Lacoste, “La UNCuyo y sus luchas” en **Mendoza, Historia y perspectivas**, Edición especial del diario *Uno*, 1997, p.140.

como Doctrina Nacional, se derive la exigencia de afiliación partidaria como requisito de ingreso o permanencia en los cargos públicos, incluidas las cátedras docentes. A partir de 1955 la separación entre los que habían adherido al régimen depuesto y sus detractores sería un parteaguas de larga duración, que atravesaría obviamente a los sectores nacionalistas. Sin embargo, las políticas de depuración impuestas en la UNCuyo por las intervenciones de la “libertadora”, debieron acotarse ante la preeminencia de mecanismos de aglutinación que supieron agregar intereses corporativos por sobre la coyuntura política.

En efecto, los intentos de la intervención universitaria conducida por el Rector Dr. Germinal Basso y el vicerrector Hernán Cortez, de llamar a concursos generalizados, dio lugar a fines de agosto de 1956, a una huelga prolongada con fuertes movilizaciones de profesores universitarios y de los colegios secundarios, en la que confluyeron tanto sectores católicos y nacionalistas como reformistas, aglutinados tras la defensa de las posiciones adquiridas, muchas de ellas con la afiliación al peronismo; lo cual terminaría con la renuncia del Rector y una política más acotada de reestructuración universitaria¹⁹. Así convivirían dentro del ámbito académico los sectores que prestaron su adhesión al peronismo, tratando de ocultar lo que sería la mácula de la afiliación; junto con los reincorporados sectores del nacionalismo católico que reivindicaban el prestigio de haber resistido la presión oficial.

Mientras tanto el peronismo proscripto se abría en diversas organizaciones, los jóvenes universitarios con una acentuada militancia social y católica, a través de agrupaciones laicas que militaban “la opción por los pobres”, irían mostrando sus simpatías por el peronismo²⁰. Unos, cercanos a la democracia cristiana, leerían luego en forma radicalizada los postulados del Concilio Vaticano II, absorbiendo los insumos intelectuales de teólogos franceses y latinoamericanos, pasarían a inscribirse en una opción tercermundista y revolucionaria. Otros, en cambio, optarían por una línea nacional, defendiendo posiciones ortodoxas dentro del peronismo, priorizarían *la ideología por sobre la metodología y la nación sobre la revolución*²¹.

Ambas tendencias compartían una formación historiográfica vinculada al revisionismo clásico, aquel que en los años treinta se nucleara en torno a los hermanos Irazusta y su reivindicación histórica de los caudillos, especialmente de J.M. de Rosas, emblema de la defensa de la soberanía nacional, así como alrededor de su clave de

¹⁹ Entre los profesores que lideraban la huelga cercanos a la gestión peronista de I. Cruz, católicos como P. Santos Martínez y progresistas como A. Roig; entre los que apoyaron inicialmente la gestión de G. Basso, los antiperonistas R. Calderón Bouchet Secretario General, representaba a los sectores católicos y el asesor D. Pérez Guilhou, al ala más conservadora.

²⁰ En el año 1958 desde el *Ateneo Universitario* fundado en 1949, su director Enrique Losada y su asesor el jesuita José María Llorens proponían un rol social de la Universidad “*el universitario de mediados del siglo XX no pertenece al mundo liberal, sino al mundo social. El universitario no se prepara para una profesión liberal... sino para la intervención en un mundo que debe salir de la crisis y debe integrarse en forma nueva*”, *El Tiempo de Cuyo*, 20.IX. 1958, p.4. Llorens ya venía trabajando con los campamentos universitarios juveniles y con algunas experiencias de cooperativismo en Chile, así como la construcción de casas para los pobres en Buenos Aires. Ese mismo año comenzaría a visitar el basural que luego sería el Barrio San Martín, experiencia que sería compartida por docentes universitarios y estudiantes de militantes del catolicismo y el humanismo.

²¹ Entrevista a protagonistas de la época.

interpretación política de la decadencia argentina, en función de los vínculos de dependencia generados por las claudicaciones de la oligarquía frente al imperialismo inglés, y que compartirían gran parte de profesores en su mayoría provenientes del nacionalismo católico y antiperonista²². Estos temas y perspectivas serían adoptados por el peronismo después de su derrocamiento y por la izquierda nacional, y sus autores serían incluidos en los programas de estudio, sin que ello significara abandonar del todo la tradicional historiografía académica liberal, denominada Nueva Escuela Histórica, asociada a la tradición mitrista y a la institucionalización de la profesión en espacios oficiales como la Academia Nacional de la Historia, dirigida por Ricardo Levene; ni tampoco a los autores de una historia social que se hallaba por entonces en sus inicios²³. Ahora bien, si bien por un lado se pretendía amalgamar diversas tradiciones en pos de la defensa de los valores nacionales compartidos, también se trataba de ejercitar una especie de compromiso de lectura crítica, que incluía a amigos y enemigos, pues por entonces la polémica era el modo el modo de argumentación con que se buscaba demostrar “la verdad histórica”, que obviamente se relacionaba con una definición política explícita del presente.

La permanencia de este linaje intelectual, receptivo de distintas tradiciones historiográficas no era tan excluyente como suele pensarse. Ciertamente en los combates por la historia el revisionismo se presentó, sobre todo a través de sus divulgadores masivos, como una contrahistoria, que venía a develar lo que había ocultado la historiografía liberal a la que asociaba con la legitimación de los vencedores. Sin embargo, existían sustratos comunes con las segundas líneas de la Nueva Escuela, por un lado de orden filosófico-epistemológico donde operaba una cosmovisión integral acuñada en un tradicionalismo hispanista con fuerte incidencia del catolicismo integrista y por otro, un suerte de posicionamiento político nacionalista que los perfilaba como intelectuales comprometidos con el presente, sin por ello abjurar del espacio académico, ni de las pautas metodológicas de la profesión impuestas por la “historia oficial”.

La idea de recorrer los itinerarios intelectuales de los historiadores referentes del nacionalismo pretende evitar planteos tipológicos que terminen fortaleciendo esquemas estereotipados²⁴. Se trata en cambio de contribuir a una historia intelectual que, inserta en una trama social e institucional, no descuide la argumentación política e

²² Las excepciones más significativas en cuanto a su adhesión al peronismo estuvieron en la FFyL, Ireneo Cruz y Toribio Lucero y Otto Burgos, quienes gestionaron como decanos y rectores de la UNCuyo.

²³ El programa de *Historia Argentina* de 1966 del referente más reaccionario del grupo, Enrique Díaz Araujo, incluía autores que iban desde la Nueva Escuela Histórica como las publicaciones de la A.N.H., de R. Levene y R. Zorraquín Beçu, pasando por los inspiradores de la renovación de la historia social José Luis Romero y Ezequiel Gallo, a la tradición revisionista de distinto signo: Adolfo Saldías, Vicente Sierra, José Luis Busaniche, Julio Irazusta, Ernesto Palacios y Raúl Scalabrini Ortiz, para incluir las versiones de la izquierda nacional en las obras de R. Puiggrós, Ortega y Peña y J.A. Ramos. Para la cuestión historiográfica cfr. Fernando Devoto y Nora Pagano, **Historia de la historiografía argentina**, Bs.As., Sudamericana, 2009.

²⁴ Cfr. Leonr Arfuch, , **El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea**, Buenos Aires., FCE., 2002, cap.6.

historiográfica que pretende responder a las problemáticas que se plantean²⁵. El relato descriptivo y argumental de trayectorias profesionales y escritos significativos, nos permite observar el cruce de redes de relaciones materiales, personales y simbólicas que sostienen prácticas y discursos que tuvieron peso en la configuración del campo de las ciencias políticas y sociales en la UNCuyo en la década del sesenta, cuando el faccionalismo entre peronismo- antiperonismo, representaría una especie de anticipo de los niveles de crispación que en la década siguiente enfrentarían a izquierdas y derechas.

1.3. La institucionalización de las ciencias políticas y sociales: nacionalismo, tradición y modernización

El proceso de institucionalización académica universitaria de la ciencia política a nivel nacional, era un fenómeno bastante novedoso por entonces, que reconocía un lento camino de deslinde tanto de las humanidades como de las ciencias sociales. La de Cuyo fue la segunda carrera creada en el país, con un perfil más político que profesional, estuvo condicionado por la impronta de la tradición filosófica política del *estado justicialista*, expresada en el Congreso Nacional de Filosofía. A partir de la creación de los cursos obligatorios de formación política para todos los estudiantes universitarios, se crea en 1952 la carrera de Ciencias Políticas y Sociales en la *Escuela de Estudios Políticos y Sociales* (EePyS). Ese mismo año salía el *Boletín de Estudios Políticos* (BEP) cuyo primer número fue dirigido por uno de los mentores más destacado -aunque ciertamente olvidado-, el nacionalista Enrique Oliva, quien luego sería un referente nacional de la resistencia peronista, y contaba con la colaboración de Alberto Falcionelli y Osvaldo Osorio, dos referentes del nacionalismo maurrasiano más extremo.

El segundo número estaría encabezado por un artículo de Arturo Sampay, donde explicitaba los fundamentos de ciencias políticas²⁶ y el rol del estado en la formación de una clase gobernante, fundada en un pensamiento aristotélico tomista en torno a tres núcleos disciplinarios: una Filosofía o Ciencia Política, una Sociología Política y una Historia Política, cuyo propósito era la formación moral de dirigencia, canalizada en un proyecto nacionalista, peronista y católico. Desde una perspectiva jurídica, que entendía a la CN del '49 como un proyecto y programa de gobierno, el art.37, sobre la *“enseñanza de la esencia del ser argentino, fundado en su realidad espiritual, económica, social, y política del país, la evolución y la misión histórica de la República Argentina...”* le permitía a Sampay desarrollar la necesidad de una pedagogía política que postulara una concepción esencialista y universal de nación, misión histórica fundada en el hispanismo cristiano. Para el jurista la historia nacional, debía dar cuenta acerca de cómo el *ethos católico* había sido conmovido por la heterodoxia moderna, así

²⁵ François Dosse entiende a *la historia intelectual* como punto de encuentro entre el mundo de las representaciones y el mundo social, en **La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales. Historia intelectual**, U.de Valencia, 2007, p.152.

²⁶ Arturo Sampay, “La formación política que la constitución argentina encarga a las Universidades” en **BEPyS**, n° 2, Mendoza, 1952, p.11-53.

como hacer visible la visión revisionista de la historia que denunciaba los hilos regidos por el imperialismo, combatiendo *la historia falsificada*, remedando a Ernesto Palacio. Por ello proponía anclar los estudios de la Constitución de 1949 desde una sociología histórica, que explicara cómo la propuesta revolucionaria, que había sido escamoteada históricamente por la ideología del iluminismo liberal antinacional²⁷ y rescatada por la línea nacional y popular, representada por la tríada Rosas, Yrigoyen y Perón. En esta argumentación hacía confluír la perspectiva de un Scalabrini Ortiz que filtraba las tesis del leninismo sobre el imperialismo, con la de la Doctrina Social de la Iglesia, al tiempo que denunciaba las nuevas formas de penetración imperial, acuñados subrepticamente por Naciones Unidas tras los postulados de la libertad de expresión.

El golpe del '55 ciertamente tuvo sus repercusiones en este proyecto. A partir de la intervención de Isidoro Busquet en la provincia, la Escuela de Estudios Políticos fue reciclada de la impronta peronista, bajo la dirección del por entonces joven militante radical Facundo Suárez, quien evitó en su corta gestión su disolución, imponiendo una política que algunos consideraron de conciliación, que dio lugar a la inclusión de nuevos profesores, programas y autores, así como a nuevas publicaciones, sin que por ello se perdiera la línea nacional y el proyecto de formación de élites dirigentes con que se había creado.

Durante los años frondizistas la gestión del primer Rector electo por Asamblea Universitaria, Pascual Colavita (1958-1961) - doctorado en Física en la reformista UNLPlata- representaría un avance en materia de autonomía universitaria, pues instala un gobierno tripartito que dicta un nuevo Estatuto Universitario poniendo fin a la proscripción de los peronistas, con un régimen de concursos depurados²⁸. Frente a la polémica en torno a la reglamentación del art. 28 del decreto ley 6403/55 que establecía la posibilidad de que universidades privadas expidieran títulos, la UNCuyo se declaró a favor del dictado de una ley de universidades privadas que contemplara financiamiento privado e injerencia del Estado en la habilitación de títulos y la supervisión de planes de estudio, estatutos y programas; lo cual no alcanzó para impedir que se sucedieran, aunque con menor virulencia, los conflictos estudiantiles que se venían manifestando en el resto del país. Los estudiantes a favor de la enseñanza libre, llamados morados, se agruparon en torno al Movimiento de Libre Universitario Cuyano y a la Federación de Estudiantes Libres, mientras que los partidarios del laicismo llamados verdes, lo hicieron a través de la Federación de Estudiantes Secundarios y del Movimiento Universitario Reformista Cuyano²⁹. La aprobación de enseñanza libre dio lugar a que

²⁷ Cfr. Arturo Sampay, **La filosofía del iluminismo y la Constitución de 1953**, Bs As., Depalma, 1944.

²⁸ Entrevista a A. Roig Secretario de la gestión de Colavita en Pablo Lacoste, *Op. cit.*

²⁹ Según testimonios en la ECPyS entre los defensores de la libre estaban estudiantes que con el tiempo serían referentes del progresismo: F. Martín, E. Tenti Fanfani, E. Bustelo, E. Issuani, y O. Molina Cabrera, entre los profesores el porteño L Triviño, por entonces dirigente de la democracia cristiana y sobre todo E. Ander Egg. Tenían buenas relaciones con el Centro de Estudiantes de FFyL donde militaban A. Martínez, E. Dussel, H. Cerutti, etc. Entre los desarrollistas se encontraban E. Onofri, Barbisan, Rosomando, M. Á. Risso y R. Martí.

en el país se crearan varias carreras de Ciencias Políticas dentro del ámbito privado³⁰. En Mendoza a fines de 1959, se procedería a crear la primera privada no católica del país, la Universidad de Mendoza, cuya Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales otorgaría el título de Abogado, respondiendo a una vieja demanda social que fue rechazada por la UNCuyo, por temor a ser absorbidos por los sectores liberales conservadores. Así, una especificidad de Cuyo, en relación a otras experiencias académicas del país, fue la prioridad de la Ciencia Política por sobre el Derecho y la Sociología; y del ámbito público por sobre el privado.

En 1958 la *Escuela* pasó a denominarse *Superior*, comenzando un proceso de autonomización, que le permitiría tener sus propias autoridades y presupuesto, pasando de un plan de estudios de cuatro años a cinco en 1961; hasta que en 1967 a través de las gestiones del entonces Director Dardo Pérez Guilhou ante el Ministro del Interior y Educación Guillermo Borda y con el apoyo de estudiantes y un grupo de profesores del conglomerado nacionalista³¹, se crea *Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*.

De la impronta nacionalista del peronismo de los orígenes, permanecería con fuerza la intención de formar una dirigencia política sostenida por una especie de filosofía de la virtud, fundada en disciplinas humanísticas y en la filosofía aristotélica tomista, sin que la nueva impronta científicista acuñada en el estructural funcionalismo parsoniano de origen norteamericano, lograra desplazar los contenidos de filosofía, historia y derecho que quedaron en manos de los sectores más tradicionalistas. Sin embargo, los impulsos para profesionalizar la disciplina y autonomizarla de la política práctica pugnar por dejar de lado el antipositivismo que impregnaba a la tradición humanista de corte ensayístico interpretativa con fuertes filiaciones europeas, para bogar por la formación de especialistas expertos en la indagación empírica, que desplegaran el rol profesional del cientista social, abocado a la problemática de la modernización y el desarrollo, muchos de ellos en sintonía con el paradigma estructuralista de los años sesenta. Para ello acudirían a la formación de posgrado en la FLACSO Chile³², o en Universidades norteamericanas y francesas, impulsados por las políticas de vinculación institucional de las gestiones fundadoras y por el patrocinio de organizaciones internacionales, como la Fundación Ford, por entonces en auge.

³⁰ En 1957 se crea la Universidad del Salvador y el Instituto de Ciencias Políticas que en 1969 dirige por C. Floria, en 1958 se crea la Universidad Católica Argentina, y recién en 1973 aparece la carrera de grado. La UCA en Mendoza crearía la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en 1962.

³¹ Entre los colaboradores nacionalistas el doctor Benigno Martínez Vázquez el Cnel. retirado Jorge Atencio, Rubén Calderón Bouchet y Enrique Zuleta Álvarez y nacionalistas vinculados al peronismo Eduardo Lonardelli, Francisco Leiva Hita, quien había sido echado en 1955 de Ciencias Económicas junto con Rey Tudela y Soler Miralles, que ingresarían por concurso en Ciencias Políticas. Por entonces contaban con 480 alumnos, frente a los 600 de FFyL.

³² Estudian en FLACSO - Chile, Horacio González Gaviola y Yolanda Borquez, luego los primeros egresados Susana Becerra, Ernesto Issuani -que luego haría su doctorado en E.U.-, Eduardo Bustelo que también estudiaría en Londres, vinculado luego a UN y otros organismos internacionales, Francisco Martín sostendría proyectos renovadores en los '70 bajo el breve decanato Emilio Tenti Fanfani, formado en Francia; luego se unirían luego Mónica González Gaviola y su esposo José Octavio Bordón, formados en el Salvador. Cfr. entrevistas en Javier Ozollo y Marcelo Padilla en **Historia de la sociología en Mendoza**, Informe Secyt, 2007-2009, gentileza del autor.

Esto fue acompañado por una renovación de los planes de estudio a fines de los sesenta que preveía una formación común de tres años y luego dos de especialización en Sociología o en Ciencias Políticas y Administración Pública. Las innovaciones encontrarían cabida en los institutos de investigación que entendían a las ciencias sociales no sólo como entelequia o erudición, sino como un modo de intervención en lo social, a través de la articulación entre conocimiento y práctica. Por ejemplo el de *Desarrollo y Planificación económica* con economistas como F. Leiva Hita, A. Rey Tudela y J. Rodríguez Arias, geógrafos M. Marzo, y politólogos como Orlando Molina Cabrera, quien destacaría por su formación en Francia con el Padre Michel J.P. Ramlot, discípulo de Levret y Perrot, representantes de la línea del desarrollismo católico, que impactaría en Mendoza una especie de *avant garde* ambientalista. Además en la inclusión de nuevas asignaturas como *Antropología Social y Cultural* a cargo de Luis Triviño, *de Psicología Social*, aunque en ella se desempeñara el católico integrista Abelardo Pithod, y de asignaturas metodológicas. Pero sobre todo, se destacaría la autonomización de la Sociología como carrera, cuyos antecedentes datan de 1956 cuando desde la cátedra de Sociología en la FFyL, bajo el impulso de la filósofa y pedagoga de originaria militancia comunista Angélica Mendoza, iniciara una serie de proyectos de investigación con enfoques empíricos sobre la problemática social local: la cárcel, el barrio San Martín y los inmigrantes bolivianos³³.

Si bien es cierta la existencia de una tensión entre una línea tradicional y otra moderna, parece interesante señalar que la identificación de estas tendencias respondería más a los itinerarios biográficos en el campo académico y político, que a una distinción ideológica originaria. Sólo a manera de ejemplo, el caso de Horacio Godoy³⁴, vinculado a la militancia nacionalista y católica, por su formación de posgrado en los Estados Unidos y su desempeño como Director de la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública de FLACSO³⁵, se acreditaría como un agente innovador del campo, que propendió a la inserción de la Facultad en los circuitos internacionales, pero en íntima colaboración con su amigo, el decano Dardo Pérez Guilhou, quien a pesar de estar vinculado a sectores más conservadores como veremos, promovería la formación de una generación de destacados egresados³⁶. Podríamos decir que la tensión entre tradicionalismo y modernización que asumiría con el tiempo mayor carga ideológica, ocultaba los puentes comunicantes que existieron por ejemplo, entre los contenidos del nacionalismo católico como nutriente de posiciones revolucionarias de izquierda por un lado y del democratismo social por otro, del conservadorismo con

³³Por su prematuro fallecimiento el tomista Luis Campoy se hizo cargo del *Instituto de Sociología*, lo cual dio lugar a que en los relatos de filiación de los orígenes se olvidara remitir a la verdadera pionera en la disciplina.

³⁴Cfr. María Celina Fares, *La Unión... Op. cit.* y A. Abarzúa, "Aportes para la comprensión de las relaciones entre el campo académico y la cooperación internacional: tras las pistas de Horacio H. Godoy" en *Revista: Sociedad Hoy*, UCChile (en prensa).

³⁵ Cfr. Fernanda Beigel, "La FLACSO chilena y la regionalización de las ciencias sociales en América Latina (1957-1973)" en *Revista Mexicana de Sociología* 7, 1 n° 2, abril-junio 2009, pp. 319-349.

³⁶ Según testimonios "...en realidad nosotros nos equivocamos mucho al hacer críticas a estos viejos, ya que habían hecho un pacto con los jóvenes. Los viejos tenían una idea de aggiornar la facultad, eran conscientes de que ellos no estaban preparados para eso, ... creo que hay que hacer una revisión histórica y hay que reconocerles el papel que ellos jugaron. Entrevistas en Ozollo... Op. cit. p. 452.

la formación del campo académico y la confluencia de sectores modernizantes y desarrollistas con la derecha liberal.

II. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas

En este trabajo sólo nos referiremos a los representantes más emblemáticos del nacionalismo, provenientes del núcleo jurídico, histórico y filosófico de los orígenes de la facultad. Dentro del pensamiento jurídico asociado a la historia, el principal referente sería su decano fundador Dardo Pérez Guilhou, con un perfil más cercano al conservadorismo que al nacionalismo; en cambio más identificados con el nacionalismo estarían los historiadores revisionistas como Enrique Zuleta Álvarez y Enrique Díaz Araujo y sus difusores como el profesor Guillermo Saraví; a los cuales se sumaría la influencia de los filósofos católicos integristas como Rubén Calderón Bouchet, su adjunto Denis Félix Cardozo Biritos y Abelardo Pithod, quienes terminan de configurar una constelación de intelectuales, que tuvieron fuerte incidencia en la cultura política mendocina.

No podemos antes, dejar de señalar la incidencia en materia historiográfica y filosófica de la FFyL., pues parte del plantel docente provendría de ese claustro, e incluso durante los primeros años se cursarían en su sede asignaturas como *Historia Contemporánea* e *Historia de las Relaciones Internacionales* con el maurrasiano Alberto Falcionelli³⁷, cuya erudición así como su extremado reaccionarismo era reconocida por sus seguidores; o *Historia Argentina* dictada por Pedro Santos Martínez, católico ortodoxo, con cierta fama de “flor de ceibo”, muy cuestionado por su actuación como Rector entre 1976 y 1981; así como *Historia Americana* estaría a cargo del tradicionalista y reaccionario Edberto Oscar Acevedo³⁸.

El sumario recorrido por los itinerarios intelectuales de cuatro exponentes pretende recuperar la indeterminación con que los protagonistas viven su presente, sin pretender encapsularlos en categorías previamente establecidas. A través de contextos con los que se establecen relaciones diacrónicas y sincrónicas, más que constantes explicativas, se pueden constatar tanto sensibilidades compartidas como redes de solidaridades que responden a sentidos de pertenencia, y que a través de las trayectorias individuales muestra diferentes posicionamientos y argumentaciones con que se fueron construyendo los pliegues significativos de reconfiguración del nacionalismo en los años sesenta.

II. 1. Dardo Pérez Guilhou: un conservadorismo allegado al nacionalismo

³⁷ Alberto Falcionelli, de origen corso, militó en el movimiento maurrasiano de *Action Française* y fue colaboracionista del gobierno de Petain. Representante de la agencia francesa Havas, se exilió en España y luego llegó a Mendoza en 1947 por intermedio del cura Sepich, y fundó la *Revista de Estudios Franceses* en la FFyL de la UNCuyo. Católico tradicionalista y monárquico, era reconocido por sus discípulos como el intelectual más culto e inteligente que trajera el fascismo a Mendoza. Luego en Bs.As. se insertaría en la *Revista Dinámica Social*.

³⁸ Cfr María Celina Fares, “Tradición y reacción en el sesquicentenario. La escuela sevillana mendocina” (en prensa **Prismas**, 2011)

Nacido en Mendoza en 1926, en el seno de una familia de raigambre criolla, de filiación francesa y tradición laica, realizó sus estudios en escuela pública e ingresó en una militancia católica a través del nacionalismo recién como estudiante en la UNLPlata, donde se graduaría en 1949 de Abogado y al año siguiente como Profesor en Ciencias Jurídicas y Sociales. Con otros mendocinos como Francisco Navarro Hinojosa y Joaquín Cuccia arribarían al revisionismo a través de lecturas nacionalistas de Bonifacio Lastra, Raúl Scalabrini Ortiz y Ramiro de Maeztu. En su regreso a Mendoza ejercerá la docencia en colegios secundarios, de los que sería expulsado por negarse a la afiliación peronista. Participaría de un grupo “juramentado” o comando civil en la “revolución libertadora” de la cual sería funcionario durante la gestión de Lonardi. Ingresaría en la UNCuyo primero como asesor de la intervención de G. Basso y luego en 1957, como Adjunto de Facundo Suárez en *Teoría y Doctrina de la Constitución Nacional* en la ESPyS y a partir de 1961 sería titular de *Historia de las Ideas Políticas II y de Derecho Constitucional*.

Como señaláramos fue uno de sus principales agentes de institucionalización de la carrera, además alcanzó notoriedad pública durante el gobierno de Onganía, primero como Rector Interventor de la UNCuyo y luego en 1969 -70 como Ministro de Cultura y Educación de la Nación³⁹. Desde allí, junto con Emilio Mignone como subsecretario, buscó continuar los planes había encarado Salonia durante el gobierno de Frondizi, a través de una reforma orgánica y nacional del sistema educativo que defendiera y modernizara la escuela pública. Un proyecto renovador de implementación gradual, buscaba mermar la deserción con nueve años de escolaridad obligatoria y tres de orientación para la inserción laboral y universitaria, establecía la obligatoriedad de formación docente en un nivel terciario, lo cual implicaban suprimir los títulos que emitían los bachilleratos pedagógicos, y sustituía las horas cátedra de los “profesores taxi” por cargos de dedicación completa y una organización por departamentos de asignaturas afines. Se promovía la participación de profesores y padres como asesores de una gestión más autónoma de la escuela, sobre todo en materia de sistemas de evaluación y actividades electivas, con vistas a una concepción integral de la educación⁴⁰; todo un proyecto modernizador que no alcanzó a sustanciarse.

Si bien la gestión de Pérez Guilhou destacaría por su actitud más abierta al diálogo⁴¹, su participación en el gobierno de Onganía fue el motivo para que en los setenta fuera duramente cuestionado por algunas agrupaciones estudiantiles en la FCPyS, aunque contó con la defensa de diversos referentes académicos que reconocerían los logros de su gestión. Identificado por la opinión pública con el nacionalismo autoritario, su perfil modernizante, con un tinte de apertura y pragmatismo lo distancian de los sectores reaccionarios y si bien gestión se destacó por la modernización de las instituciones educativas, sus preocupaciones teóricas y

³⁹ La cartera de Cultura y Educación se separa del Ministerio del Interior encabezado por G.Borda, - que durante la secretaría de Mariano Astigueta había realizado la famosa intervención de las Universidades-, con el fin de normalizar su funcionamiento.

⁴⁰ Dardo Pérez Guilhou, **El programa educativo**, Secretaría de Estado de Cultura y Educación, Buenos Aires, 1969.

⁴¹ Claudio Suasnabar, **Universidades e intelectuales**, Buenos Aires., Manantial, 2004, p. 143.

temáticas fueran por los carriles más tradicionales del derecho constitucional y la historia de las ideas.

En efecto, entre 1959-60 había sido becado por el Instituto de Cultura Hispánica y rindió en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla su tesis doctoral *La opinión pública española y las Cortes de Cádiz frente a la emancipación hispanoamericana. 1808-1814*, publicada por la ANH, 1981⁴². Su pasaje por la Escuela Sevilla a principios de los sesenta, diez años después de los historiadores J. Comadrán Ruiz y E. O. Acevedo quienes por entonces fueran parte de su círculo social, hizo que recibiera un impacto diferente a estos⁴³. Durante su estadía se vinculó con sectores más críticos del franquismo, cuyo referente por la causa democrática católica sería Manuel Giménez Fernández⁴⁴, con el monárquico social Octavio Gil Munilla y Miguel Artola. Su tesis doctoral detectaba la percepción de España del espíritu de emancipación y rebelión americana, así como el carácter separatista de la guerra, desestimando la idea de guerra civil con que otros historiadores mendocinos y sevillanos habían interpretado el proceso. Argumentaba cómo desde España se percibía la política dual de Inglaterra jugada tras *la máscara de la monarquía*, así como la comprensión, reafirmada por E. Barba, de la vocación imperial de Cádiz, prolongada con el retorno de Fernando. Esta perspectiva lo apartaba de las versiones fidelistas de Mayo que sostenía el reaccionarismo, aunque no de un hispanismo de corte cultural, cuya pervivencia advertiría en los análisis jurídicos, institucionales e históricos del nuevo régimen político. Sin embargo, distinguía su hispanismo del españolismo, al que definía como el último intento nacionalista del franquismo de restituir la vigencia de un proyecto restaurador antimoderno que buscaba extenderse a Hispanoamérica. Por otro lado, sus posteriores investigaciones sobre el Congreso de Tucumán, le permitirían sostener la preeminencia del planteo monárquico constitucionalista sobre el republicano, lo cual entraba también en tensión con las versiones revisionistas irazustianas que pretendieron construir un nuevo panteón nacional, de corte republicano tradicionalista, representado por la figura de Tomás de Anchorena.

Su itinerario historiográfico iba desde la concepción de Mayo, como hito fundante del nuevo orden, aún cuando guardara en sus entrañas la fuerza de la tradición monárquica española, pasando por una crítica al rosismo, en el que veía una a síntesis del reaccionarismo antirrepublicano de raíz borbónica; al análisis del andamiaje constitucional construido en torno al pensamiento conservador de Alberdi, desmontando la tesis sarmientina de reproducción mecánica del constitucionalismo norteamericano, todo lo cual lo acercaba más a la Nueva Escuela Histórica que al revisionismo. Además la articulación entre una matriz cristiana, un utillaje conceptual

⁴² Son varios sus trabajos en el *Boletín* de la Facultad: “El monarquismo en el Congreso de Tucumán”; “Mendoza y la crisis del 90”; “Saavedra Fajardo y la razón de Estado”; “Influencia del constitucionalismo norteamericano en el argentino”; “La Convención Constituyente mendocina de 1916”; “Notas sobre el pensamiento político de Locke”; “Estado de naturaleza y origen de la sociedad civil”. Entre sus múltiples obras *Las Ideas monárquicas en el Congreso de Tucumán* (1966); *El pensamiento conservador de Alberdi y la Constitución de 1853* (1984) etc. Participó en la publicación de la *NHNA*, Planeta, 1999-2002.

⁴³ Cfr. María Celina Fares, “Tradición...” Op. cit

⁴⁴ Alberto Carrillo-Linares, **Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla**, Sevilla, CEAndaluces, 2008, p. 33.

afincado en el campo jurídico constitucional, la preocupación por la una historia nacional desde la perspectiva “del interior” y una cuidadosa erudición en el trabajo de fuentes, constituiría un acervo teórico metodológico desde el que promovería la formación de historiadores y juristas investigadores, a quienes nuclearía en torno del Instituto Argentino de Estudios Constitucionales y Políticos, desde donde ganaría fama de maestro.

Su identificación con el conservadorismo, tanto por sus relaciones sociales como por sus convicciones, donde el anti peronismo tuvo más peso que el hispanismo y el catolicismo, se explicita en la entrevista que le hiciera Marcelo Montserrat en 1992. Allí definía, en palabras del mismo Alberdi, al sistema conservador como un programa de afianzamiento de las instituciones, sin desligarse del progreso, entendido como cambio gradual, que protegía garantías públicas e individuales y se abstenía la exageración y la falsa brillantez de las innovaciones, prefiriendo la experiencia propia, a las teorías ajenas. Seguía la noción de “tradición” de Elías de Tejada, la cual sin oponerse al cambio desconfiaba de las innovaciones revolucionarias, recuperando el pasado, pero criticando al fanatismo moral y su vinculación religiosa, y advirtiendo sobre los peligros del reaccionarismo, que solía desconocer la dinámica de los procesos históricos. Si bien privilegiaba una moral laica asentada en valores espirituales y liberales, se distanciaba con el liberalismo y el democratismo, no sólo en virtud del escepticismo que le despertaban las ideas de libertad e igualdad puras, sino en función de un empirismo político apoyado en la reflexión sobre la experiencia histórica, que ponderaba una institucionalidad del orden, la superioridad del ejecutivo por sobre el legislativo, la voluntad política por sobre la libre dinámica del mercado y el mejoramiento social por sobre la acción partidaria.

II. 2. *Enrique Zuleta Álvarez: un nacionalismo republicano e hispanista*

Enrique Zuleta Álvarez es un referente indiscutible del nacionalismo, pero no sólo por su poco conocida militancia política en Unión Republicana sino por la reconstrucción de su itinerario y derrota, así como su preocupación por distinguir el nacionalismo republicano de los Irazusta, del doctrinario con filiaciones fascistas, lo que hizo de él “el mejor conocedor de la historia intelectual del grupo”⁴⁵. Nacido en La Plata en 1923, descendiente vía materna de José S. Álvarez, conocido como “Fray Mocho”, creador de la revista *Caras y Caretas*, su padre había sido gobernador yrigoyenista en La Rioja. Estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde frecuentó a los hombres de FORJA y formó parte del círculo de intelectuales - amigos de los hermanos Irazusta, junto a Félix Fares, otro mendocino que sería un fuerte nexo entre los Irazusta y su círculo de adherentes locales.

Por motivos de salud fijó su residencia en Mendoza a partir de 1943 y trabó gran amistad con el afamado poeta y creador de la fiesta de la Vendimia Abelardo Vázquez y con Osvaldo Osorio, dos jóvenes que habían militado en el primer grupo falangista de

⁴⁵ Fernando Devoto, **Nacionalismo...** *Op cit.* p. 160. Cfr. Enrique Zuleta Álvarez, **El Nacionalismo Argentino**, Buenos Aires, La Bastilla, 2 t., 1975.

Mendoza liderado por el Padre Arce de Godoy Cruz⁴⁶. Osorio, allegado también a los Irazusta, era un nacionalista falangista admirador de J.A. Primo de Rivera, y sería uno de los impulsores de la fundación de la Escuela de Estudios Políticos de la UNCuyo, pero al poco tiempo se iría a Buenos Aires y participaría en la fundación de la Primera Escuela de Estudios del Peronismo, junto con Enrique Oliva.

Como Secretario del Consulado de España, Zuleta promovió gran cantidad de viajes de estudios de posgrado a la Escuela de Estudios Hispanoamericanos y a la Universidad de Sevilla, propiciando de esa manera el proyecto cultural hispanista del franquismo. Becado él mismo por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid en 1954-55, tomó clases con el polémico Santiago Montero Díaz y se vinculó con el filólogo Antonio Rodríguez Moñino.

En 1956 su afamada y nutrida biblioteca, sería sede de las reuniones de un grupo de nacionalista antiperonista que lideraba Guido Soaje Ramos⁴⁷. Fue uno de los organizadores en Mendoza, junto con Francisco Navarro Hinojosa, de *Unión Republicana*, partido organizado en Córdoba en 1956 por los Irazusta, una reedición de la frustrada experiencia del Partido Libertador de 1942. Definido el partido como un *nacionalismo republicano, universalista, no nativista, ni vinculado al catolicismo, ni al militarismo, ni al filofascismo, pero sí con el antiperonismo*⁴⁸, sus postulados conservadores tendrían una veta nacionalista particular, que los había distanciado de los fascistas de *Alianza Libertadora*, como del populismo peronista. Así como poco había durado su apoyo a Uriburu, tampoco coincidirían con Lonardi y durante la libertadora manifestaron sus disidencias a través de su efímero periódico *La Voz Republicana*. Historiográficamente reivindicaban la tradición rosista e yrigoyenista como la línea nacional, y postularon la eficaz clave interpretativa que haría del revisionismo el sentido común de la historia argentina, al decir de Halperín: la denuncia que atribuía el fracaso argentino a la espuria alianza entre oligarquía e imperialismo inglés.

Sin embargo la presencia de Zuleta en el escenario político no se debió a los Irazusta, sino a su adhesión al frondizismo. Su amistad con Antonio Salonia desde la época estudiantil, lo llevaría como asesor al Ministerio de Educación de la Nación. Junto con Arnaldo Musich y otros mendocinos como Facundo Suárez y Albarracín Godoy, confrontarían con los nacionalistas de *Azul y Blanco* quienes acusaban al frondizismo de comunismo. Funcionario además del gobierno provincial de Arturo Ueltschi desarrollaría una gestión importante en materia de modernización de bibliotecas públicas, como Director de la Biblioteca San Martín, luego como Director

⁴⁶ En la Iglesia Tapón de Sevilla, centro de militancia anticomunista juvenil, haría sede el grupo *Nacionalismo Argentino* con Juan V. Sánchez y Rafael Funes, quienes entre el '36 y el '38 publicaron un periódico llamado *Nueva Argentina*. Otras sedes fueron la Iglesia de Rodeo del Medio con el padre Generoso García y el Club Español, donde militaba Enrique Ribes, primer mártir de la Falange Argentina. Conversaciones con E. Zuleta Álvarez, entre 2002 y 2010.

⁴⁷ Guido Soaje Ramos, abogado cordobés y doctor en Derecho, Decano Interventor en la FFyL de la UNCuyo entre 1946 y 1948, gestión en que se cesantea a los profesores que se habían opuesto a la intervención de 1943. Referente del grupo nacionalista católico antiperonista mendocino, fue desplazado de sus cargos docentes en la UNCuyo, con la intervención de Rodolfo A.E. Cucchiani Acevedo en 1957-1958. Se trasladó a Bs.As., y trabajó en U.B.A., U.C.A., y CONICET.

⁴⁸ Entrevista en *Mundo Argentino*, 20 de junio 1956.

Provincial de Cultura y posteriormente en la Biblioteca Central de la UNCuyo. Finalmente en 1964 ingresaría como profesor ESEPyS en la cátedra de *Historia de las Ideas Políticas III*, luego *Historia de las Ideas Americanas*, donde a partir de su labor docente el tema del nacionalismo sería uno de los más abordados en las tesis de licenciatura de la carrera, lo que habla de una amplia recepción de un tema que salía del ámbito de la historiografía para convertirse en central para los estudios políticos. Ciertamente Zuleta se distanciaría de los historiadores de la FFyL. como J. Comadrán Ruiz y E. O. Acevedo, a quienes no identificaría ni con el revisionismo, pues no privilegiaron el estudio del rosismo, ni tampoco los identificaría con el nacionalismo, pues no participaron en política. Si, en cambio, reconocía su amistad con otros docentes de FFyL como Otto Burgos, nacionalista peronista de derecha y el maurrasiano Alberto Falccionelli, con los cuales compartía su oposición al comunismo y al liberalismo, aunque postulara la necesidad de distinguirse del integrista y el fascismo.

Una de las preocupaciones de Zuleta fue restituir la tradición reaccionaria y tradicionalista, sobre todo hispánica, desde una perspectiva americanista⁴⁹. Sus trabajos de historia intelectual, que vinculaban el pensamiento, español con el americano y argentino, fue encarado en su faz literaria por su esposa Emilia Puceiro de Zuleta, reconocida erudita en la materia. Tomaba como punto de partida el modernismo como vanguardismo estético y amalgama histórica política de las dos hispanidades y reconstruía itinerarios intelectuales pasando revista a un amplio espectro de ensayistas. Pero sobre todo, se interesaría por aquellos que incidieron en el pensamiento nacionalista, como el embajador del dictador Primo de Rivera en Argentina entre 1927-1930, Ramiro de Maeztu, y su libro *Defensa de la Hispanidad* de 1934, del cual adoptaría la idea de un humanismo tradicional español como una tercera vía frente al proyecto imperial norteamericano o a la revolución comunista, sin necesidad de arribar a la monarquía. La idea de restablecimiento de la comunidad hispana católica como ideal político, con un sentido ético y jerárquico propio de una política aristocrática, que a través de la representación funcional y orgánica recuperaba los valores universales del catolicismo era, no sólo para Zuleta, claramente seductora. El hispanismo de Maeztu encontró amplia recepción en los círculos católicos a través de su amistad con el padre Vizcarra, y en el grupo de *Nueva República*, pero sobre todo en Ernesto Palacio, seducido por la propuesta sobre el compromiso político de los intelectuales, que en Zuleta guardaría especial resonancia.

Su artículo sobre “Tradición y reformismo...”, postulaba la dificultad que tuvo el reformismo liberal para anclar en la mestiza sociedad hispanoamericana, proponiendo una visión conflictiva e irresuelta de la historia frente a la mirada lineal de la tradición liberal. Caracterizaba como paralelo el tránsito que vivieron España y América en su ingreso a la modernidad. La guerra civil donde se enfrentaron tradición y reformismo,

⁴⁹ Artículos publicados en el Boletín de la Facultad “Andrés Bello y las relaciones interamericanas”, “Charles Maurras”, “Escritos del libertador”, “Francia en las ideas políticas y en la cultura argentina”; “Libertad intelectual y cultura marxista en Iberoamérica”; “Tradición y renovación en el pensamiento de Ramiro de Maeztu”; “La idea de América en el pensamiento español del siglo XIX”; “La idea de América en el pensamiento español contemporáneo (1900-1936)”. Varios de ellos recopilados luego en **España en América...**, Bs.As., Confluencia, 2000.

se continuaría tras la fórmula *civilización o barbarie*, provocando la reacción del caudillismo y los gobiernos autocráticos. El trío militarismo, caudillismo y aristocratismo constituían para Zuleta los componentes centrales en la lucha política contra la violencia ilustrada, versión con que se incorporaba en la polémica ideológica entre la tradición liberal, la marxista y la nacional autoritaria. Identificado obviamente con ésta última, no terminaba de advertir demasiado, el hecho de compartir la adhesión a la connotación jerárquica que se le asignaba al conocimiento, con su tan denostado enemigo, la tradición civilizatoria⁵⁰.

La línea evolutiva de interpretación histórica guardaba ese sesgo decadentista del revisionismo que ha sido tan señalado. Y en esto se posicionaba en el polo opuesto de Pérez Guilhou, esperanzado admirador del conservadorismo alberdiano, pues su explicación del fracaso remitía centralmente a los intelectuales que no supieron advertir la incompatibilidad de una propuesta cuya audaz operación pretendía conciliar liberalismo, reformismo e ilustración, con tradicionalismo, conservadorismo y pragmatismo. Para Zuleta, el fracaso de los ideólogos abrió las puertas para la consolidación de las oligarquías y el ingreso a la modernidad a través de la relación imperial y la división internacional del trabajo, postulando como central la tesis de la dependencia que, como dijimos, serviría de puente con las lecturas de la izquierda nacional, más allá que el conflicto intergeneracional que ya estaba presente.

II.3. *Enrique Díaz Araujo: un nacionalismo revisionista y reaccionario*

El por entonces más joven mendocino Enrique Díaz Araujo, estudió en el Liceo Militar y siguió los pasos de Pérez Guilhou en la ULPlata, donde se recibiría de abogado en 1960. Su prematura avidez lectora lo convertiría en un prolífero historiador - escritor, cuya producción es difícil de calificar, pues alterna entre el ensayo histórico crítico con fines polémicos y el relato literario con fines de pedagogía patriótica.

Su actividad laboral se alternó entre la docencia, en la cátedra de *Historia Social, Económica y Política Argentina II* en la FCPyS., y la carrera judicial, de la cual se retiraría finalizada la dictadura, para ganar en 1987 la cátedra de *Historia Argentina III* en la FFyL. Su colaboración en revistas como *Cabildo*, así como su cercanía con grupos vinculados al Crnel. Seineldín o a la Universidad de FASTA -Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino-, son significativos a la hora de identificar su perfil reaccionario, nacionalista y revisionista.

Entre sus múltiples obras⁵¹ daremos cuenta de la que alcanzó mayor difusión y donde explicita su posicionamiento frente al nacionalismo y el peronismo. En el prólogo de *La Conspiración del '43. El GOU una experiencia militarista en la Argentina*, editada primero en la Facultad y luego por La Bastilla en 1970, justificaba el

⁵⁰ En una nota sobre el rol de la Universidad, se confrontaba la idea de *diálogo horizontal* que proponía Ezequiel Ander Egg con la de *diálogo vertical* de Zuleta: *La vida universitaria es jerárquica: está el saber y la ignorancia. Yo debo escuchar al estudiante, si... Pero después del proceso en que yo verticalmente enseñé cosas que yo sé y que los alumnos ignoran*” *Los Andes*, 10.IV. 1969.

⁵¹ Sólo mencionaremos *La política de Fierro, José Hernández. Ida y vuelta, 1930 Conspiración y Revolución, Los Vargas en Mendoza, Mariano Fragueiro o Facundo Zuviría*, etc., y varias las novelas bajo el pseudónimo Javier Pacheco. .

abordaje de un tema que consideraba pasado reciente, por una confesada adhesión a una *literatura de compromiso* que pretendía responder a la *inquietud estudiantil* con el objeto de formar *conciencia nacional* a través de una tercera vía interpretativa, frente a la corriente *democrática* y a la *versión peronista*.

Sin dejar de excusarse por la utilización de fuentes secundarias reconstruía la argumentación del nacionalismo que denunciaba “la década infame”, y siguiendo la versión de un tal Gontran de Güemes, hacía un relato minucioso de la trama conspirativa aprovechada y manipulada – aunque no creada- por Juan Domingo Perón. Dicha versión se respaldaba en la producción de la izquierda nacional. Las citas de R. García Luppo, R. Puiggrós, y A. Ramos, ponían en evidencia los vasos comunicantes existentes entre el nacionalismo de derecha y de izquierda. Sin embargo la intencionalidad los diferenciaba, pues mientras el primero pretendía despegar al peronismo del verdadero nacionalismo y a éste a su vez del nazismo, la izquierda buscaba el encuentro con el peronismo.

Para Díaz los componentes del nacionalismo argentino eran el catolicismo, el anticomunismo y la tradición geopolítica germanófila- prusiana, no nacionalsocialista, y en esa línea se inscribiría el neutralismo antibrasileño del GOU, donde además confluían otras líneas del militarismo nacionalista en una tradición revolucionaria, compartida también con el radicalismo. El error de las interpretaciones de *los democratistas o las izquierdas*, era asociar el ‘43 con el fascismo, sin distinguir entre el filofascismo, identificado con el falangismo español y la línea antiimperialista, que había optado por las costumbres y las instituciones nacionales. Y si bien ninguna de ellas habría participado en el movimiento de factura netamente militar su incidencia ideológica era innegable, sobre todo en la recepción de las ideas de Jordán Bruno Genta, para quien la revolución encarnaba la...*síntesis vehemente y activa de los postulados derechistas*: hispanismo, neutralismo, germanofilia, restauración filosófica y rosismo.

Definido así el nacionalismo y delimitado en relación a Perón, evitaremos dar cuenta de su extensa, verborrágica y enjundiosa pluma, para rescatar una síntesis que ofrece en *Aquello que se llamó la Argentina. Cuadernos de historia no oficial* publicado muy posteriormente, después de la crisis del 2001, pero donde explícita una de las versiones más radicalizada del decadentismo argentino, en función de la clave explicativa de la *dependencia política y económica prolongada*. Allí su visión extremista de la *decadencia moral*, se reactiva en un macabro pronóstico que propone revertir a través de una apelación patriótica revulsiva. Su propuesta, en una mezcla de lógica aristotélica tomista y glosas literarias, insiste en usar a la historia como caballo de troya para sostener una actitud reaccionaria, que desde la condena moral se convierta en política.

En su genealogía sobre los orígenes de la nación, inscribe el drama argentino dentro de la tradición hispánica y en las apetencias que supo despertar en el imperialismo inglés; en la idea de nación anterior al estado, representada en un *humanismo raigal* cuyo estereotipo antropológico es el gaucho – criollo, en oposición a la imagen de *la siesta colonial* acuñada por la *leyenda negra*; y finalmente en Mayo de 1810, como momento fundacional que se engarzada en la tradición jurídica hispana y

no en una revolución ajena a los valores de la tradición, y donde la guerra se interpreta como un enfrentamiento entre Cristiandad y Modernidad, coincidiendo con las versiones de la escuela sevillana franquista que incidieron en la historiografía local. En el rosismo encuentra una síntesis entre el expediente empírico que analiza la Nueva Escuela y la defensa de *la nación y la patria* del revisionismo que lo filia con San Martín, reconociendo la necesidad de un federalismo constitucional pero criticando la implementación que reinstalaba la antinomia *Buenos Aires / interior*. Además cuestiona la admiración que tenían por entonces los desarrollistas, por la generación del '37 y su heredera del '80, pues olvidaba la exclusión que supuso la guerra civil y el acaparamiento de los beneficios del progreso en manos de la oligarquía; y si bien sus conclusiones eran oclusivas con respecto al Centenario, encontraba en la generación novecentista, *filo cristiana, idealista, espiritualista antipositivista* las bases de una nueva intelectualidad nacional, donde se nutriría la Unión Cívica Radical. Identificaba finalmente a la sociabilidad populista, como la agregación de elementos del reaccionarismo rosista, el hispanismo cristiano, popular, policlasista y paternalista, cuyo desarrollo a través del federalismo, el radicalismo y el peronismo, culminaba en la generación del "nacionalismo cristiano". Allí Díaz observaba la convergencia tanto de revisionistas como de la historiografía liberal, de nacionalistas y movimiento obrero nacional, aunque purgados de su marca de corrupción de origen. En realidad, se trataba de una propuesta de un populismo conservador, renovador en lo social, que pretendía ser revolucionario, en el sentido restaurador, de lo político, que en definitiva parecía remedar el proyecto nacionalista del '43, pero sin Perón.

Hasta acá su reconstrucción histórica cuya versión se identifica con sus convicciones. En los últimos tramos de la obra encara el análisis del presente, desde un *empirismo subjetivo* que convierte a sus escritos en panfletarios, corroídos por una animadversión exacerbada hacia los gobiernos democráticos. Las acusaciones al gobierno de Alfonsín de entregar los medios públicos a los *marxistas que habían conformado el aparato logístico de la guerrilla, retornados desde 1983...* provocando *... la descristianización de la población...* cristalizada en la Reforma Constitucional de 1994, cuyo *punto más grave ... la eliminación de evangelizar a los indios, mandato misional ineludible conforme a las normas de donación americana...*, son sólo una muestra de tan extremado reaccionarismo y sorprendente anacronismo, que nos dispensan una lectura historiográfica, aunque no política.

Su defensa de la represión y su lamento por la opción de clandestinidad, sólo por el pesar que causa hoy a los miembros, es significativa. De hecho la justificación de la brutal represión que arbitró la dictadura fue escrita durante el transcurso de los hechos. En 1979 publicaba *La rebelión de los adolescentes*, cuya exacerbada y denigrante denuncia trazaba una línea impugnadora que iba desde *la traición reformista* hasta la *utópica e hipócrita unión entre universitarios y obreros*. Su enconado desprecio por los rasgos de la cultura revolucionaria, que paradójicamente y mal que le pese, se había nutrido de la prédica nacionalista aunque con un signo inverso al deseado, lo llevaba a diagnosticar una *patología* y condenarla como *delincuencia juvenil*. Justificaba su represión en nombre de la patria y contra *la barbarie* -acudiendo a la por él denostada categoría sarmientina-, justificando ponerla fuera de la ley, con el fin de conjurar su

peligroso poder disolutorio, proponiendo en palabras de Jean Madiran *-borrar la sociedad y rehacer la sociedad.*

II. 4. *Rubén Calderón Bouchet: un catolicismo integrista y reaccionario*

No estaría completo el perfil del espectro de profesores vinculados con el nacionalismo, si no mencionáramos a los filósofos católicos integristas preconciarios que durante largo tiempo enseñaron en la Facultad, como Rubén Calderón Bouchet y Denis Cardozo Biritos⁵² y Abelardo Pithod⁵³. En función de su prolifera aunque poco conocida producción nos referiremos sólo al primero, uno de los principales exponentes del tradicionalismo católico. Nacido en Chivilcoy en 1918, una infancia campesina y difícil lo llevaría finalmente a los 26 años estudiar Filosofía en la UNCuyo. En su conversión al catolicismo en 1947, influirían algunos profesores como Guido Soaje Ramos y Alberto Falcionelli, así como en su vida lo harían los asiduos visitantes a su casa: el cura Meinvielle, el dominico Alberto García Vieyra, el voluntario en Malvinas Renaudier de Paulis, o el lefebrista Raúl Sánchez Abelenda.

Una vida austera dedicada a su numerosa familia, a su práctica religiosa, a la docencia y a la escritura. Luego de su exoneración por el peronismo, fue Secretario de la intervención de G. Basso, e ingresa entonces en Ciencias Políticas como profesor de *Historia de la Ideas Antiguas y Medievales*, en 1960 gana por concurso la cátedra de *Historia de las Ideas Antiguas y Medievales*, luego *Filosofía e Historia de las Ideas Políticas I* y posteriormente en la *II*. Se jubila en 1983, ingresa en CONICET, y es nombrado profesor emérito en FFyL., donde enseñará de *Ética Social* hasta 1993.

Denominado por algunos como el "patriarca" del tradicionalismo argentino, reconoce la influencia entre otros de Jacques Perret, Charles Maurras, Gilbert K. Chesterton, Charles Peguy. Sus ideas tradicionalistas y contrarrevolucionarias propendían a una explícita y denodada *apología de la Iglesia católica en un siglo de herejías historicistas que infectan a la teología oficial* en palabras de su hijo Dardo⁵⁴, lo que podría parecer contrastante con un estilo discreto, afable, diáfano y abierto al diálogo, así como su irónico sentido de humor- rasgo apreciado por la inteligentzia de derecha- que le proporcionarían el aprecio no sólo por sus colegas, sino por los estudiantes identificados con el progresismo⁵⁵.

⁵² Denis Cardozo Biritos Profesor en la FFyL y en la FCPyS donde fue decano interventor entre 1976-1980. Fundador junto con Francisco RUIZ SANCHEZ, de la Universidad Católica en 1962. Rector Interventor de la USLuis 1982 y 1983.

⁵³ Abelardo Pithod, Lic. Filosofía y profesor de la FFyL UNCuyo, y en la FHyCE de la UCA. Dirigente de Acción Católica Mendoza. Doctor en Sociología en París, Master de Psicología Madrid. CONICET. Su visión decadentista de la historia en torno a la idea de descomposición social derivaría en una apelación a la guerra total por una Patria Redimida, en contra de las fuerzas del anticristo en cuya tradición sindicaba a la teología mariteneana y a la línea post conciliar y su natural desembocadura en el marxismo. Cfr. **La revolución cultural en Argentina**, Buenos Aires, Cruz y Fierro 1974, prologada Roberto Brie.

⁵⁴ Un Homenaje le hicieron familiares y amigos en Ayuso, M. y otros, **A la luz de un ágape cordial**, Mendoza, 2007

⁵⁵ "Paradójicamente un profesor muy ligado a los alumnos fue un hombre de extrema derecha. ... Calderón Bouchet... sabía un montón de historia de las ideas antiguas y filosofía aristotélica tomista... cuando un tipo tiene talento...enseña, enseñaba el marxismo criticándolo, pero uno aprendía marxismo; el influyó en mi

Su obra es una especie de filosofía de la cultura, parte de una concepción sagrada y escatológica de la historia. J.F. Segovia en el libro homenaje citado, ha agrupado su producción en tres ciclos: el primero entendido como una filosofía política, refiere a sus estudios sobre Antigüedad y Medioevo en sus tres tomos sobre la ciudad cristiana donde establece las bases orgánica y jerárquica del orden político clásico de la cristiandad. El segundo, sobre el proceso revolucionario abierto con la Reforma Protestante, continuado con la Revolución Francesa y culminada con la Revolución Rusa, donde el liberalismo construye sociedades igualitarias sometidas al poder estatal y a la plutocracia. Y el tercero, sobre los siglos XIX y XX, centrado en el pensamiento contrarrevolucionario que busca restituir el orden antiguo, primero a través de la contrarreforma, luego de la monarquía absoluta y finalmente del fascismo. Calderón entiende que la manifestación más propiamente contrarrevolucionaria es la reacción contra la Revolución Francesa, que encuentra en la doctrina de la Iglesia su inspiración. Se trata de una historia de salvación que encarna en una idea de nación tradicional y cristiana, que trasciende las experiencias particulares para comprenderse en lo que tiene de sustancial, proteico y misional, tal como lo expresaron los fascismos y no así el nazismo, al que considera una perversión por su concepción mítica y pagana. El fascismo en cambio, a pesar de su concepción hegeliana y pagana, no plantea para Calderón el quiebre, ni la superación del catolicismo, sino que opera como una reacción antiliberal y en el caso español, católica. Sin embargo, también repudia su modernismo y estatismo revolucionario y prefiere finalmente filiarse con el maurrasianismo, cuya fundamentación clásica y aristotélica les proporciona elementos más compatibles con el catolicismo. Su fundamentación teológica de la política propone reinstaurar la legitimidad de una monarquía tradicional condicionada por una pluralidad social y limitada por el magisterio de la Iglesia. La unidad de las dos Españas juega un rol esencial en la preservación providencial de esta tradición, frente al desorden moderno traído por la revolución y con ella el estado anticristiano. El gauchismo de origen hidalgo y el criollismo estoico y católico representarían esta tradición nacional e hispana, noble y popular a la vez, frente al embate extranjerizante civilizatorio proclamado por Sarmiento

Su adhesión al tradicionalismo español y a la derecha maurrasiano, al igual que el respecto que manifiesta por el fascismo, lo posicionan en el campo social de la contrarrevolución católica, que sin abjurar de la importancia de lo político, lo piensa como acto de restauración desde una verdadera vida cristiana. Lector asiduo de la revista *Itinéraires* de Jean Madiran, ingresaría al grupo que liderara Monseñor Lefebvre “Fraternidad Sacerdotal de San Pio X” que se oponía a las reformas del Concilio Vaticano II.

III. Reflexiones finales

El recorrido de estos itinerarios intelectuales insertos en la historia de una universidad de frontera, nos permite observar en espacios poco indagados la

gusto por profundizar ideas políticas. Desde el punto de vista ideológico, creo que nadie coincidía con él, pero todos admirábamos la gran capacidad que tenía de conocimientos y de enseñanza”. Entrevista a Luis Triviño en Osollo y Padilla *Op. cit.*, p. 562.

articulación entre política e intelectuales en la formación de los campos académicos y disciplinares. Tanto en los orígenes conservadores de la UNCuyo, como durante los gobiernos peronistas y sus posteriores detractores, evidencian la fuerte presencia de referentes nacionalistas quienes a través de redes de relaciones sociales y posicionamientos académicos, operaron desde la historiografía y fueron receptados en el novel campo de las ciencias políticas y sociales.

El desarrollo de estrategias profesionales y corporativas de inserción en el campo académico, que les depararon reconocimiento y amplia recepción en aquellos tiempos, tuvieron como objetivo no sólo generar una influencia intelectual en función de un compromiso nacional, sino acceder espacios de gestión educativa que marcaron la política local e incluso nacional. La evidencia que se desprende de las trayectorias intelectuales e institucionales da cuenta de cómo el heterogéneo conglomerado nacionalista, se constituyó como sujeto académico y cultural de incuestionable presencia e incidencia local en un tiempo que excede a la década abordada.

La pervivencia de una matriz católica e hispanista compartida, aunque con perfiles diferenciales, hizo del nacionalismo una especie de “infusorio”-en términos de Touchard-, cuyos elementos heterogéneos muestran fondos comunes significantes⁵⁶. Si bien las perspectivas conservadoras, como la de Pérez Guilhou, hacían una especie de reivindicación optimista de las raíces identitarias argentinas, las perspectivas tradicionalistas como la de Zuleta y las reaccionarias como las de Díaz Araujo y Calderón Bouchet, veían en ellas el origen de un proyecto político antimoderno fracasado, pero a la espera de restaurarse, todos ellos hallaban en la historia un arsenal argumentativo donde lo nacional encontraba su pasado perdido. Aunque sus visiones del pasado no fueron homogéneos, pues admitían cierta pluralidad de cuestionamientos y argumentación de diversas formas de legitimación; la reivindicación de los valores de la herencia cultural compartida constituyeron una especie de sustrato doctrinario de justificación empírica, que los posicionó con actitudes semejantes en su presente, aunque jugaran diversos roles de acuerdo a la coyuntura política. La escasa o nula adhesión a la democracia y la crítica al liberalismo y la reivindicación de la tradición, la jerarquía y el orden los llevaron a legitimar las opciones militares, con una acérrima oposición, de gran parte de ellos, al peronismo identificado con su líder, aunque no con pocas simpatías por su doctrina, lo cual convertiría a su discurso en nutriente para sus estudiantes, que adoptarían sus contenidos nacionalistas despojándolos de su sentido conservador y reaccionario, para convertirlos en revolucionarios.

Así en los complejos años sesenta se configuró un sentido común nacionalista, de raíz tradicionalista y autoritaria, pero menos simplista y unilateral de lo que suele pensarse, tanto en su enunciación como en su recepción. Esto dio lugar a diversos modos de apropiación, promoviendo en gran parte de su auditorio resultados contrarios a los que seguramente esperaron sus difusores, y que en definitiva sirvieron para justificar en la década del setenta la radicalización de las opciones más reaccionarias.

⁵⁶François Dosse, *Op. cit.*, p. 39.